

Dossier: XV Jornadas sobre la Enseñanza de la Filosofía - Coloquio Internacional 2008

*La aventura de pensar: Taller de filosofía con niños.
Relato de una experiencia ¹*

Julieta Teitelbaum²

Hace ya algún tiempo que la expresión “Filosofía con Niños” nos suena familiar, al menos en los ámbitos académicos ya no parece ser una idea tan novedosa. Sin embargo, para la mayoría de las personas (y en esta mayoría incluyo a quienes se dedican a la filosofía) la propuesta de hacer filosofía con niños resulta todavía, absurda, superficial y poco seria. A las resistencias que prevalecen en el mundo universitario acerca de la enseñanza de la filosofía, se suman ahora nuevos prejuicios que niegan la posibilidad de una relación entre la filosofía y los niños. Se afirma, por ejemplo, que la filosofía exige un nivel de comprensión y

Número 11: novembro/2008 - abril/2009

abstracción que los niños todavía no pueden alcanzar; menos aún si se trata de entender en profundidad el pensamiento de los grandes filósofos. En este sentido, la filosofía aparece como algo destinado a los adultos, capaces de ingresar en el oscuro y estático mundo de los conceptos, dispuestos a transitar un arduo recorrido como el prisionero de la caverna. Un recorrido fundamentalmente histórico, durante el cual nos convertimos en mecánicos comentaristas o contempladores de ideas que nunca nos detuvimos a reflexionar.

Podemos percibir en esta concepción de filosofía, las huellas de una fuerte tradición que mostró su desprecio por el cuerpo, el arte, y todo lo que desde esta mirada está relacionado con lo sensible: las mujeres y los niños.

Ante esta imagen reduccionista de la filosofía y de la infancia, quisiera trazar una concepción diferente que permita recuperar aquello que quedó excluido. Se trata de pensar, en primer lugar, a la filosofía como una actitud ante el mundo, una actitud que busca problematizar la realidad y no meramente aceptarla. Una mirada incómoda, porque no se queda tranquila con aquello que percibe, sino que sospecha que eso que llama mirar no es más que un punto de vista.

Como sostiene Walter Kohan:

Afirmamos la filosofía como experiencia del pensamiento, como un movimiento del pensar que atraviesa la vida de quien la practica. Como tal, comporta un rumbo incierto, un destino indeterminado, un peligro. La experiencia constituye algo de lo cual se sale transformado y el punto final de esa transformación no puede anticiparse.³

La filosofía, así entendida, no reclama la necesidad de una preparación académica (aunque tampoco supone dejarla de lado) sino principalmente la disposición o el deseo de preguntar, de pensar. Y quiénes sino los niños son los mejores exponentes de esta actitud filosófica, que lejos de conformarse con la realidad en la que viven, buscan algún tipo de explicación de por qué las cosas son como son. Pequeños o mejor grandes filósofos, que en algún momento, del cual preferiríamos salir corriendo, nos acechan con sus ojos abiertos y llenos de asombro para que les respondamos por ejemplo: por qué hay gente que es pobre, qué pasa cuando alguien se muere, quién creó el mundo, qué son los sueños, etc. Y la lista sigue o vuelve a comenzar porque no quedaron conformes con nuestras explicaciones mágicas, con nuestros artificios de adultos.

Y es de ésta actitud filosófica que asumen frecuentemente los niños, de la cual pretende ocuparse el Taller “La Aventura de Pensar”. Esta propuesta surge como un anhelo personal de concretar un espacio no formal de filosofía con niños, porque después de algunas

experiencias en instituciones educativas donde encontraba una serie de contradicciones con el proyecto, sentía la necesidad de formular la experiencia de otra manera. No estoy objetando la presencia de la filosofía en la escuela ni mucho menos, por el contrario, creo que es absolutamente necesaria. Lo que ocurre es que una vez instalada en el marco de una institución aparecen, tal vez inevitablemente, algunos límites y como decíamos anteriormente, contradicciones que ponen en jaque los supuestos fundamentales de la propuesta. Pensemos por ejemplo, en la cuestión de la evaluación, instancia fundamental de la escuela, que supone una calificación del docente hacia el alumno, donde el poder juega un lugar central. Si bien, se pueden realizar una serie de modificaciones al respecto, muchas veces esto resulta complicado.

Aunque también es cierto que la posibilidad de hacer filosofía con los niños en el ámbito escolar permite desestructurar y movilizar algunas ideas, es fundamental una coherencia a la hora de practicarla, para lo cual resulta necesario que alumnos, docentes, directivos y padres acuerden concepciones fundamentales en torno a la educación y a la infancia.

Ahora bien, cuando la filosofía sale de la escuela y se instala en un espacio no formal, también nos encontramos con algunas preguntas que nos permiten pensar cuestiones que quizás sean claves en una propuesta de filosofía con niños. Como por ejemplo, ¿qué lugar tiene el docente? ¿Salir de la escuela es lo mismo que salir de una relación de poder? Preguntas que muchas veces nos enfrentan con nuestras propias contradicciones o temores. Porque tal vez el poder sea como el anillo que volvía invisible a Gíges (en el relato de Platón) y que inevitablemente lo usamos en todas nuestras relaciones. El docente de filosofía con niños intenta salir de un lugar de saber absoluto y colocarse en un plano de igualdad (como aquel que reclama Rancière en *El maestro ignorante*) pero no por eso, logra liberarse del todo, de cierta imagen de autoridad ante los niños. Y creo que no se trata de buscar una posición que niegue la figura del docente y del alumno, como tampoco se trata de negar la escuela, sino de plantearnos nuevas categorías o nuevos significados sobre lo qué significa ser maestro, ser alumno o ser adultos y ser niños. Y un taller de Filosofía con niños, puede ser una oportunidad para pensar estos conceptos. En algunas ocasiones, hemos trabajado con los niños sobre lo que significa saber, y fue interesante analizar cómo muchas veces esta noción aparece ligada a la inteligencia o a la idea de ser un buen alumno. Entonces, preguntarnos por estas cuestiones puede ayudarnos a movilizar ciertas creencias que son muy fuertes tanto para los niños como para los adultos. Definitivamente pensar con los niños nos moviliza, nos

permite encontrarnos con una lógica diferente, con una manera de ver el mundo que nos descoloca.

En un encuentro, estábamos conversando sobre las semejanzas y diferencias entre el ser humano y los animales, a partir de un cuento sumamente atractivo: “El misterio del conejo que sabía pensar”, de Clarice Lispector, y me sentí realmente asombrada cuando los niños decían, como si fuese algo muy natural, que los animales podían pensar, porque pude encontrarme con una concepción totalmente alejada de la clásica definición del hombre como animal racional.

Si nos preguntamos por los temas o problemas que se trabajan en Filosofía con niños, podríamos advertir que no existe una especie de listado de contenidos que ya estén definidos, cualquier cuestión podría dar lugar a la reflexión filosófica. Según la actitud que se asuma, nos encontraremos o no con la filosofía. A veces, puede ocurrir que tengamos planificado un encuentro donde el propósito sea discutir sobre la libertad y terminemos hablando de la identidad. Como vemos, la flexibilidad es una condición necesaria para hacer filosofía, y más aún, cuando hacemos filosofía con niños.

De todas formas, considero importante pensar previamente qué cuestiones se quiere trabajar, qué problemáticas podrían resultar interesantes discutir con ese grupo de niños y qué actividades son propicias para eso.

Para citar algunas experiencias y producciones realizadas en el taller, podríamos mencionar: la elaboración de una caja de preguntas que los niños usan en las discusiones, la lectura de “Momo” de Michael Ende que provocó un especial apego en los niños y que nos permitió hablar sobre el tiempo, el consumo, la pobreza, entre otras cosas. La creación de objetos y palabras inexistentes para explorar la creatividad y la noción de posibilidad e imposibilidad; el pensar acerca de la relación entre el hombre y la tecnología con el cuento “La abuela electrónica”, de Silvia Schujer; la elaboración de un juego de cartas que contienen preguntas que clasificamos en difíciles, aburridas, dulces e interesantes, que se realizó después de trabajar con el cuento “Oliverio junta preguntas”, también de Silvia Schujer; dramatizaciones de situaciones donde uno manda y el resto obedece para discutir sobre el poder; representación de algunos sentimientos con plastilina y dibujos grupales; creación de monstruos que asusten nuestros miedos con títeres y un teatro de sombras; juegos y experimentos para discutir si los sentidos nos engañan. Y también la historia de algunos filósofos como Sócrates, que resultó fascinante para los niños, pese a que como dijeron hubiesen preferido que Sócrates no muera, y se contrate un buen abogado para ganar el juicio.

Y no solo se trabaja con diversas problemáticas filosóficas, sino también con el fortalecimiento de ciertas actitudes tales como: la tolerancia, el escuchar a otros, el respeto, el trabajo en grupo; que exigen un esfuerzo por parte de cada uno de los niños y una permanente autocrítica.

Una de las niñas del taller expresa esta idea: “cuando llegamos al taller nadie se escuchaba, todos querían hablar al mismo tiempo y ahora aprendimos que es muy importante escuchar a los demás”.

Lo que antes resultaba sumamente difícil ahora está internalizado por los niños, ellos son los que exclaman “no nos estamos escuchando” o le piden a un compañero que haga silencio. Aquí cabe resaltar el compromiso que cada uno asume en el grupo, donde los niños comienzan a sentirse responsables del silencio y la palabra del otro. Porque no solo se trata de escuchar a los demás sino también de ayudar o estimular a los que son más tímidos a que también intervengan.

“Lo que no se necesita para hacer filosofía”, dijo Camila, es ser tímidos, “la timidez la dejamos en el armario”, frase que inventamos y repetimos en el taller frecuentemente como una especie de artilugio para dejar de ser un poco lo que somos.

Poder escuchar atentamente a los demás, formular preguntas, ser autocríticos, son actitudes que no se consiguen rápidamente. Por lo tanto, quien espere resultados inmediatos de la filosofía con niños, quedará desilusionado al advertir que aquí no se pretende garantizar éxitos como si se tratara de un producto publicitario. La inmediatez es incompatible con el pensar, como lo afirmaba Heidegger cuando hablaba del pensar meditativo.

Palabras finales

Anfiteatro del Centro Cultural Virla, de la Universidad Nacional de Tucumán, lugar donde estudié filosofía, donde aprendí muchas cosas pero donde jamás me imaginé un taller de filosofía con niños. En ese entonces creía que la filosofía era otra cosa, un asunto muy serio, muy complejo, muy desligado de la infancia. Pero el tiempo es algo extraño, y las cosas que parecen muy alejadas a veces se unen. Como ahora, en este enorme anfiteatro, lugar sumamente propicio para asombrarse, para hacer filosofía.

Empieza la aventura: un día en el taller de Filosofía con niños

Vienen corriendo, quieren explorar el lugar, se sientan en las butacas, se trepan en el

escenario, saben que no están en un taller de teatro pero perciben que aquí también van a hacer como si las cosas fuesen de otro modo; se saludan, muestran algunas cosas que trajeron: juguetes, libros... desde hace un tiempo que son amigos, desde hace un tiempo que vienen al taller de filosofía.

Ya no se ríen cuando les digo que hagamos un debate o una discusión, se acostumbraron a usar palabras que al principio les sonaban raras, como la filosofía. Se sientan en círculo, escriben preguntas, tratan de responderlas, tratan de argumentar sus ideas. Se mueven, siempre se están moviendo, se divierten, juegan, inventan dramatizaciones, trabajan en grupo, escriben en sus cuadernos, dibujan, leen.

¿Cómo iba a suponer, allá cuando andaba por los pasillos de la facultad, que pensar tenía tanto que ver con los niños? porque hacer filosofía es estar en movimiento, es sentirse más libres de lo que somos, con menos prejuicios, con menos categorías ya establecidas, un poco menos adultos, un poco menos predecibles, como quien lanza una pregunta. Quién se iba a imaginar que los niños me iban a enseñar lo que es la filosofía.

¹ Ponencia presentada durante el las XV *Jornadas sobre la Enseñanza de la Filosofía – Coloquio Internacional*, Universidad de Buenos Aires, octubre de 2008.

² Universidad Nacional de Tucumán. Correo electrónico: *julteitel@hotmail.com*

³ Kohan Walter y Vera Waksman, *Filosofía con niños*. Buenos Aires: Novedades Educativas, 2000.